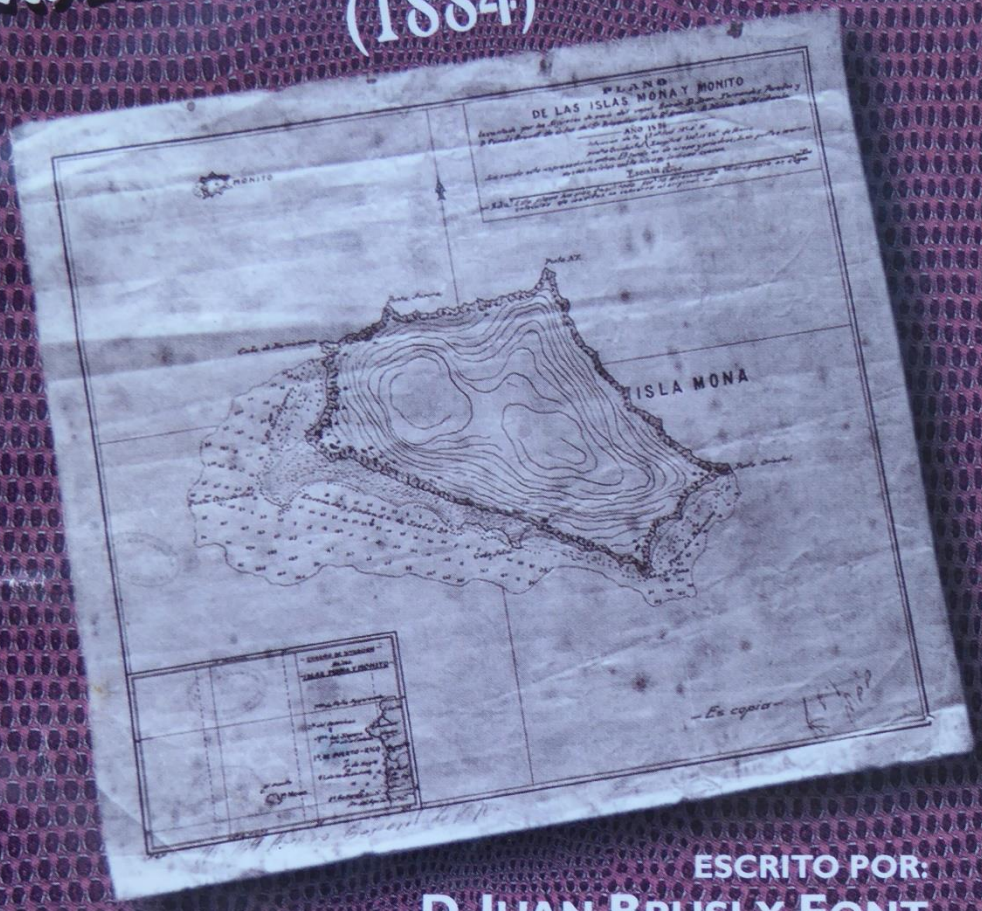
VIAJE A LA ISLA DE LA MONA (1884)



ESCRITO POR:
D. JUAN BRUSI Y FONT

PROLOGADO POR:
JALIL SUED BADILLO

INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA
SAN JUAN, PUERTO RICO
1997

VIAJE A LA ISLA DE LA MONA.

INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA
SAN JUAN, PUERTO RICO
1997

Viaje a la Isla de la Mona/ D. Juan Brusi y Font

Segunda Edición, prologada por Dr. Jalil Sued Badillo

© De esta edición: Instituto de Cultura Puertorriqueña -- 1997

ISBN --- 0 ---86581---503---8
Número de Catálogo Biblioteca del Congreso/
Librirary of Congress Catalog Number: 97---071596

Diseño de portada: Yolanda Pastrana Fuentes
Diagramación: Marcos Pastrana Fuentes

División de Publicaciones y Grabaciones
Instituto de Cultura Puertorriqueña
Apartado 9024184
San Juan, Puerto Rico 00902-4184
Tel.: (787) 725-7515
Fax: (787) 723-1827

PRÓLOGO

Don Juan Brusi Font, catalán, natural del poblado de San Feliú de Guixols, Gerona, llega a Puerto Rico entrada ya la década de los 1860. Nos dice doña Estela Cifre de Loubriel (1975) que don Juan seguía los pasos de un hermano –Jaime–, ya radicado en Quebradillas como comerciante. En 1866 solicitó unas probanzas de soltería para contraer nupcias con la boricua Doña Basilia Cristela Álvarez Girau del mismo pueblo donde se había radicado su hermano. Una vez formado hogar parecen haberse trasladado al pueblo de Camuy, donde don Juan se desempeñaría como notario, y en ocasiones, como archivero interino de Arecibo. Los escasos datos biográficos que a partir de estos hemos podido obtener, no asocian a don Juan Brusi al comercio, aunque sí a una vida pública activa y económicamente holgada. Tuvo tres hijos: Ernesto, Alberto y Sofía. Al primero lo hemos encontrado estudiando como interno en el Colegio San Ignacio, de los Jesuitas, en Santurce. Es el único camuyano en el muy prestigioso colegio de entonces.

En 1884, el mismo año de la publicación de su opúsculo sobre la isla de Mona, aparece Don Juan Brusi destacado como Capitán del Batallón de Voluntarios núm. 3 de Arecibo lo cual le situaba en las filas del mundo político conservador de la época. El servicio al Estado parecen, pues, haber ocupado sus principales atenciones: en lo militar ostentó los rangos de teniente coronel, y comandante segundo jefe para el 1896. Y en lo político, además del rango entre los Voluntarios, fue electo presidente Diputación Provincial de la Isla en 1887, cuando la Isla la gobernaba Don Romualdo Palacios. Tal parece que fue en ese mismo año cuando se le concedió La Cruz de Carlos III, por sus servicios al País. Sierra Martínez, en sus "Notas para la Historia de Camuy (1984)" nos dice que murió en 1897.

Aunque don Juan Brusi no aparece activamente en los círculos intelectuales de su tiempo, sí parece haber pertenecido al pequeño círculo de espíritus cultos que se dieron cita en pueblos pujantes de entonces como Arecibo. La intensa vida política interna de sus tiempos debió alejarle de los foros más conocidos como el Ateneo, La Sociedad Económica Amigos del País y de otros, dado sus funciones gubernamentales. Pero lejos de haberse convertido en un simple militarote de paso, don Juan Brusi se destacó por sus obras filantrópicas que tan merecidas expresiones de agradecimiento le ganaran entre sus compueblanos de Camuy. Sus notas sobre el viaje a la Mona impresionan por el amplio conocimiento que expresa sobre la flora y la fauna del País. Es un conocedor de la Isla y no aparecen por un

momento las típicas frases desdeñosas a lo nativo de muchos de sus compatriotas cuando incursionaban en las letras insulares o insularistas. Nos viene al recuerdo los poemas de Manuel del Palacio, c. 1890, por ejemplo.

El opúsculo, sobre un insólito viaje a la isla de la Mona que el mismo autor describiera como un viaje "raro", "descabellado", por demás osado para el tranquilo estilo de vida del Camuy del 1884, es un relato delicioso. Brusi logra darle al acontecimiento una dimensión propia de una expedición científica al Amazonas o al Congo Belga. La minuciosidad y precisión de sus descripciones nos revelan no solamente su trasfondo disciplinado, que magistralmente ondula entre lo jocoso a la cotidianeidad de la vida en el Puerto Rico de sus días, Paso a paso vamos atisbando la vida difícil de la Isla desde una perspectiva distinta y novedosa.

No es fácil ubicar literalmente la Memoria de un viaje a la Isla de la Mona, De Juan Brusi, publicada en 1884. Esa década fue una de las más efervescentes para las letras borincanas. Es la década dominada por Lola Rodríguez, Brau, Stahl, Elzaburu, Corchado y Juarbe, Baltorioty, Acosta y Fco. María Quiñónez. La atención se la llevan los hijos del País, por haber sido los marginados tradicionalmente. Tal vez es por eso que otros aportes hayan pasado inadvertidos, como es el caso de esta Memoria personal. En su género, coincidía con trabajos como Viaje por la costa noroeste de la isla de Puerto Rico de Mariano Sichar y Salas, publicado en 1886; y posiblemente con La Isla Culebra, Puerto Rico de Manuel Vázquez Alayón, de 1891. Pero como no hemos podido leer ninguna de estas dos, no podemos comentar más a fondo. Lo cierto es que no son muy abundantes en el siglo 19 las memorias entre los miles de emigrantes que llegaron a nuestras playas para hacer de la Isla su patria nueva. Contrapartes de Iñigo Abad, Ledrú o Miyares Vázquez de las postrimerías del siglo anterior escasean o se sumergen en el discurso político inmediato desvirtuando su aporte a la historiografía puertorriqueña. No debe pasar desapercibido tampoco el hecho de haber sido Don Bonocio Tió el personaje que fuera a recibir a los viajeras al puerto de Mayagüez. Tió no solamente era el esposo de la gran Lola Rodríguez, renombrada en las letras ya, sino un distinguido periodista puertorriqueño cuya presencia allí y su posterior correspondencia con Brusi nos delata un claro reconocimiento a los méritos del autor.

Jalil Sued Badillo, Ph D.
Universidad de Puerto Rico

VIAJE
A
LA ISLA DE LA MONA

ESCRITO POR

D. JUAN BRUSI y FONT

Para inteligencia de todos y escarmiento de muchos

Tip. Comercial
MAYAGUEZ, MARINA
1884.

Algunas líneas por vía de introducción

CAMUY, 13 DE SETIEMBRE DE 1884
D. BONOCIO TIÓ SEGARRA
M AYAGÜEZ

Mi querido amigo. La circunstancia de haber sido Ud. la primera persona de mi conocimiento, a quien tuve el gusto de estrechar la mano á mi llegada á Mayagüez, y el ofrecimiento que le hice en la corta, pero agradable visita que se dignó Ud. en unión de su apreciable señora hacemos, me obligan hoy á tomar la pluma para referirle, aunque suscintamente por no permitir otra cosa mis múltiples atenciones, nuestro viaje a la Isla de la Mona.

Poco acostumbrado a hilvanar artículos que versen sobre hechos por sí solo insustanciales y monótonos, no sé si lograré entretenerle; pero con el fin de proceder con cierto orden, que considero me preste mayor facilidad dividiré esta carta en cinco periodos, que titularé:

PREPARATIVOSDE VIAJE	**página 1**
SALIDA Y LLEGADA	**página 3**
ESTADÍA	**página 7**
REGRESO	**página 25**
CONCLUSIÓN	**página 29**

I.
Preparativos de viaje.

La relación, mil veces por mí oída, de las novedades de la Isla de la Mona, y sobre todo ansioso de satisfacer los dos deseos más vehementes que dominan mi ánimo, esto es, la caza y la pesca, me indujeron al propósito, quizás descabellado, de intentar una excursión a dicha Isla. En efecto, formar el proyecto y realizarlo, todo fue obra de 15 días.

Ante todas cosas, abrí una lista del personal que debía acompañarme, que como Ud. comprenderá era de rigor que reuniera condiciones especialísimas, y muy pronto quedaron inscritos 9 pasajeros a saber: Doña Basilia Álvarez, mi esposa, Don Ernesto, Don Alberto y Doña Sofía Brusi, mis hijos; Doña Mercedes Carde, Don Luis Martínez, alférez de Milicias, Don Miguel Sánchez, Don Plácido Sala y Don Leandro Abrams, 5 hombres de mar, 2 cocineros, 2 criados y dos perros.

Para el mejor orden del viaje, redacté un reglamento, que no le envío por no tener más que el original, en el cual se determinaban los derechos y deberes de cada uno, las atenciones y cuidados que mutuamente nos debíamos, las penas a que quedarían sometidos los infractores, etc., etc. Todos, y también las damas, llevábamos pendiente del cuello un pito, por medio de cuyos toques, combinados y aprendidos de antemano, nos dábamos a conocer fácilmente, explicábamos lo que pretendíamos y se expresaba claramente de parte de quien se esperaba el auxilio o la cosa designada. Esta minuciosidad, de ningún valor al parecer, nos prestó grandes servicios en aquellos montes, abruptos y en aquellas oscuras y tétricas grutas.

Listo ya todo lo relativo al personal, tuve que ocuparme con gran detenimiento del asunto de provisiones, y digo con detenimiento, porque en aquellos lugares, generalmente deshabitados, ni se puede acudir al vecino en demanda de auxilio, ni es fácil llenar una necesidad, si no ha sido prevista de antemano. Así pues, todo se arregló perfectamente y hallándose ya mis compañeros habilitados para la marcha, recibí un despacho telegráfico en el cual se me anunciaba que, desde el día 20 de julio estaría la goleta Guadalupe, propiedad de Don Francisco Polanco, esperando mis órdenes en el puerto de Aguadilla.

Excuso describir a Ud. los variados episodios de la despedida, pero se hará Ud. perfectamente cargo de ellos al decirle que, la mayor parte de los viajeros no habían visto más que el pueblo de Camuy y sus alrededores. Una separación pues, de esta naturaleza, recorrer una

distancia relativamente para ellos considerable, permanecer todo un mes en una tierra abrupta y salvaje, era lo bastante para que se formaran mil comentarios y vaticinios ridículos, que hicieron creer á las esposas en su próxima viudez, a los hijos en su orfandad y a las mozas en el grave peligro de su porvenir matrimonial. Con tal motivo ni escasearon las lágrimas, ni los sollozos, ni los abrazos, ni los ataques nerviosos, ni algunas maldiciones que entre tanta confusión se me propinaron como autor de aquel raro acontecimiento; pero en fin se tocó llamada y tropa el día 22 de Julio, y ahí me tiene Ud. poniendo en marcha el tren de carros, coches y caballos, que debían ser conductores de una parte de los excursionistas, del ajuar y útiles de casa y cocina, de las provisiones alimenticias, de varios instrumentos de herrería y carpintería, adminículos de caza y pesca y, finalmente, de cuanto un minucioso cálculo pudo hacerme creer útil y necesario. En tanto yo con los cinco hombres de mar y el resto de viajeros nos embarcábamos en una yola, que conducida por cuatro remeros y un timonel nos llevó con dirección a la resguardada y espaciosa bahía de Aguadilla.

A las 12 del día 23 nos atracamos al costado de estribor de la goleta Guadalupe, futura conductora de nuestras atrevidas humanidades, y a las tres de la tarde se mandó levar para dirigirnos al puerto de Mayagüez ante doscientos espectadores que se hallaban en la orilla atraídos por la curiosidad.

Me preguntará Ud. con sobrada razón, cómo se explica que nos dirigiéramos á Mayagüez, en vez de tomar el rumbo franco para la Mona. Es muy sencillo, aunque raro. La Aduana de Aguadilla se negó a despacharnos directamente, pretextando que aquella Administración carecía de facultades para ello. No se comprenden ni tal limitación por parte de ese puerto ni tal privilegio por parte del otro, siendo idénticas las autoridades rentísticas y marítimas. Esta anomalía proporciona, en resumen, dobles gastos y notables pérdida de tiempo que en el mar puede tener consecuencias desagradables. En fin, a la hora indicada, y resignados a esa peregrinación forzosa, hicimos rumbo a la punta del Rincón con una calma desesperante, pues solo el siguiente día a las cinco de la tarde, y gracias a un viento fresco del Norte que nos favoreció por un par de horas, pudimos llegar a la bahía de Mayagüez donde estuvimos a la capa esperando el dichoso despacho, que felizmente no se hizo esperar mucho, y antes de cerrar la noche, tomamos el rumbo Oeste franco con dirección a la Isla deseada.

II.
Salida y Llegada.

Ya nos tiene Ud. pues, querido amigo, navegando hacia la Mona a los 19 expedicionarios y además el patrón, su señora, una niña, dos hermanos, dos sobrinos y tres tripulantes que se nos agregaron en Aguadilla y Mayagüez, de modo que, si no hubiera sido tanta mi previsión, el aumento inesperado de personal, que ya subía a la respetable cifra de veinte y nueve, hubiera puesto en grave conflicto nuestra despensa.

Como es natural, por muy atento y complaciente que se mostrase el Sr. Polanco, una embarcación costera de tan poco arqueo como la Guadalupe, no podía ofrecer comodidades de ningún género, y aunque me pareció observar en él semblante de arrepentimiento al tiempo de embarcarnos en Aguadilla, no prestándose el momento a vacilaciones, di la orden de marcha acomodando lo mejor que pude a las mujeres, en tanto que los hombres, arrostrando la intemperie, buscábamos al llegar la noche un refugio cualquiera, ora al pie del fogón junto al cocinero, ora sobre el caramanchel de popa, ora sobre un lío de jarcias, ora en fin encima y debajo de la yola, que tuvimos que embarcar.

Vino felizmente la luna con su resplandeciente faz a regocijar nuestros ánimos algo contristados y entre los lamentos de algunos mareados, el canto de otros que no experimentaban tan terrible malestar y algunos chascarillos con cuya sal nos entretenía uno u otro chusco, llegó el día 24 claro y sin nubes, pero sin viento como el anterior, por lo que nos hallábamos a la vista de Mayagüez cuando debíamos estar próximos a nuestro destino. Comprendo, amigo mío, los horrores de un ciclón, no niego las angustias de una tormenta en el mar; pero nada ha tan desesperante como la calma chicha entre corrientes impetuosas y contrarias.

Pasóse, sin embargo, el día 24 como el anterior, si bien abrasados en cubierta por un sol más ardoroso y nunca mitigado por el paso de la más ligera nubecilla, Llegó la noche y como a todo se acostumbra uno, auxiliados por el cansancio y la vigilia, logramos conciliar un tanto el sueño, a pesar de la dureza de las tablas y de la humedad del piso, reparando de este modo nuestras fuerzas.

A las siete de la mañana del día veinticinco, todavía a la vista de Mayagüez, algo al Norte, sobre las inmediaciones del peñón del Desecheo, empezó a reinar un viento fresco del Este, que impulsó nuestra embarcación con una velocidad probable de nueve millas por

hora, de modo que, a las diez dimos vista a la Isla deseada, la que divisábamos a lo lejos como una rastrera neblina en el horizonte. Poco a poco fue tomando mayores proporciones, y a las doce del día casi, casi, se podía asegurar que, antes de una hora estaríamos en ella; pero ¡quía! al doblar el cabo del N.O. para entrar en el canal formado por la Mona y su inseparable Monito, el contraste de las diferentes corrientes, producía un tan singular hervidero en las aguas que, muy pronto llegamos a convencernos de que nuestra quilla apenas avanzaba un paso. Entonces el patrón deseoso de aliviar en lo posible el ya penoso estado de los mareados, propuso echar el bote al agua, y en él hacer conducir a tierra a los enfermos bajo la dirección de un timonel y tres remeros, costeando la Isla. A pesar del peligro, así se efectuó, invirtiendo el trayecto cuatro horas mortales para los pasajeros. Los que tripulaban el bote, que es lo mismo que decir los no mareados, pudieron enseguida convencerse de la abundante pesca que hay en aquellos lugares, pues simplemente con llevar un cordel tendido en la popa, cogieron cuatro peces de bastante importancia, amén de otros tantos que supieron tragarse el sebo sin tocar al anzuelo, al igual de muchos terrestres. No debo pasar desapercibido un incidente que pudo costar caro a un sobrinito del Sr. Polanco. Este niño por efecto del mareo recostó su cabeza sobre el brazo derecho en la borda del bote dejando la mano algo descolgada, cuando un enorme tiburón tintorera, embistió con tal impetuosidad a la embarcación que, a no ser por un movimiento de ascensión de ella producido por la marejada, hubiera sufrido el joven, cuando menos la pérdida del brazo.

Nosotros entretanto desde la goleta, buscábamos el ansiado puerto, no dejando, con todo, de experimentar algunas impresiones agradables en presencia de aquellas rocas cortadas perpendicularmente desde su cúspide hasta el fondo del mar, salpicadas sus paredes de puntos negros, que no son otra cosa más que profundas grutas inaccesibles. Las aves marinas, daban un verdadero asalto a la goleta, volando por centenares a nuestro alrededor llenas de confianza y dejándonos oír sus variados cantos. Nuestras escopetas pronto dieron cuenta de unas cincuenta, de las cuales perdimos algunas que cayeron en el mar, recogiendo otras que reconocí ser garzas reales a las que se atribuye la creación del guano, alondras, pluviales, pelícanos blancos, gaviotas, la gran golondrina marina de cabeza blanca, y otras muy diversas conocidas con los nombres vulgares de tijerillas y bugueres. Nuestro entusiasmo cesó tan luego nos convencimos, en el curso de la expedición, de que habíamos sido unos necios en gastar pólvora en aquellas aves, que después cogíamos con las manos sin esfuerzo de ningún género, pudiéndole asegurar que llegamos a criarlas

perfectamente en nuestro campamento, alimentándolas con pescado fresco y caracolillos del mar.

El aspecto general de la Isla nos causó un efecto bastante agradable, y para que pueda Ud. formarse una idea de ella debo describírsela superficialmente, sin embargo. Imagínese Ud. un cuero de res tendido sobre una base granítica de 300 pies de altura, cortada verticalmente en toda su extensión, de más de seis leguas, sin cerros , sin la más insignificante cima; coloque Ud. sobre aquel suelo plano, pero rocalloso, un monte virgen y tendrá Ud. un fiel bosquejo de la Mona.

La Isla tiene abundantes maderas entre las que pude fácilmente reconocer el abispillo propio para tablazón de casas, el húcar blanco que se emplea para estantes, mazas de trapiche y costillas de embarcaciones, el manzanillo, el tabaco (Haití) cuya madera es muy apreciada para bastones, y en fin, un sin número de otros árboles de reconocida utilidad.

Ya he dicho que el aspecto general de la Isla, observado a dos millas de distancia, nos produjo buena impresión, haciéndonos presentir gratos momentos de solaz. No faltaron algunos que vivamente impresionados exclamaran; "Jamás saldría de aquí," pero esos mismos en presencia de la más ligeras vicisitudes y de los más leves e insignificantes contratiempos les vimos desmayar, demostrando que su valor era superficial y ninguna su fortaleza.

Por fin, torció la caña del timón a la orza, e hirió nuestros oídos la agradable voz del patrón Sr. Polanco que decía: ¡Fondo! Esta palabra significaba para todos nosotros, llegada y descanso.

En aquel entonces nos hallábamos sobre un precioso fondo azulado, y como a 200 metros de una extensa playa de arena. Pronto nuestra ansiedad nos hizo tomar lugar en la barquilla, que después de haber dejado en seguridad á los enfermos del mareo, venía en nuestra busca. No trascurrió una hora sin que quedaran desembarcados y tirados en la arena, cuantos útiles y artefactos debían componer nuestro campamento temporal. Desde aquel instante, se vio retratada la alegría en todos los semblantes; en efecto, el sitio escogido para nuestro campamento no podía ser más risueño y encantador. Situado en la costa Oeste de la Isla en una playa de más de tres millas de extensión, punto inexpugnable la masa granítica de la Isla y a su pie un precioso bosquecillo de pequeñas dimensiones, que nos hubiera ofrecido agradable albergue, a no ser por el sin número de árboles manzanillos que lo pueblan, y tienen la propiedad de aletargar y hasta de envenenar

al que confiadamente se deleita en descansar bajo sus verdes hojas y frondosas ramas.

El primer afán de algunos expedicionarios fue enterarse de la escasez o abundancia de la caza, noticia que pudieron obtener de los fidedignos labios de un pescador de careyes, llamado Pedro, que tenía establecida su residencia en una cueva a orillas del mar, acompañándole en aquella soledad un chiquillo, tres perros, una cabra y un cabritillo originarios de la Isla.

Entusiasmados los cazadores por el relato de Pedro el pescador, quisieron desde luego entregarse á los placeres de la caza, mas yo, que llevaba el peso de la expedición y veía llegar la noche a pasos agigantados prohibí terminantemente que nadie se ausentase del campamento, sin antes dejar instalado al bello sexo de manera confortable, aseguradas las provisiones de boca y formadas las rancheras que debían cobijarnos. La obediencia fue ciega y en el acto repartí hachas, cuchillos y machetes para que cada cual llevara al sitio elegido, su pequeño óbolo de madera para la construcción de viviendas. El sol llegaba ya a su ocaso y la claridad que nos brindaba solo nos permitió formar un reducido rancho o tienda de campaña provisional, cubierta y cercada de tupida lona, para las señoras, pues en cuanto a nosotros nos resignamos a dormir sobre la arena del mar y bajo el azulado techo.

III.
Estadía.

Las primeras transparencias del alba y el agradable gorjeo de los millares de pájaros que pueblan aquellos montes, vinieron a recordarnos el sitio en que nos hallábamos, y mientras ocho hombres se ocupaban a toda prisa de la construcción de una ranchera decorosa para el sexo débil, con las yaguas que desde Aguadilla llevábamos exprofeso, y otra para el sexo fuerte a 100 metros de distancia de la primera, y ambas bastante cómodas para tan numeroso personal, me ocupé con interés de pasar un ligero balance en las provisiones alimenticias, observando, con sumo pesar, que, faltos algunos de premeditación, habían despilfarrado de un modo punible varios artículos de primera necesidad, circunstancias que me obligó a convocarlos, dictando severas órdenes y a dar nueva lectura al reglamento y penas en el mismo establecidas, las que me mostré pronto a aplicar al primer abuso que se observase.

La cuestión de agua venía preocupándome desde Puerto Rico y por tanto era para mí de la mayor importancia asegurarme de su existencia, aún dudosa, y como la que traíamos a bordo estaba próxima a concluirse me hice conducir al diminuto pozo, manantial único de la Isla, situado a 500 metros próximamente de nuestro campamento. Dicho pozo no es más que un hoyo de un metro de profundidad y medio metro de diámetro, sostenidas sus arenosas paredes por un barril de madera calzado en ellas; mas, parece que la madera de este barril, sometida por largo tiempo a la humedad, está alterada y comunica al agua un hedor insoportable y nauseabundo, haciéndola verdaderamente inservible para todo uso. Esta circunstancia no dejó de preocuparme bastante, sin embargo, de abrigar la esperanza de mejorarla. Agotada en aquel mismo día la poca agua potable que nos quedaba, vi con terror que la gente se resistía a tomar la del manantial, prefiriendo sufrir los tormentos de la sed, de que yo y mi familia participábamos, sin ver el modo de aliviar tan penosa necesidad. Aquel fue para mí uno de los instantes más desagradables de mi vida. Los lamentos, las quejas y los juramentos de unos y otros llegaban a mis oídos, para amargar más y más mi contristado espíritu, y me preguntaba a mí mismo, si realmente no tenían razón aquellos compañeros para hacer tales demostraciones de descontento y si yo no era positivamente al autor de tanta desgracia. El caso era grave; la necesidad acrecía; era preciso tomar una resolución inmediata y la tomé. Propuse, ante todo, la limpia del pozo para intentar su desinfección, y en el caso de no conseguir el objeto, se abriría otro pozo a inmediaciones de aquel. Aceptada mi proposición, a eso de las diez de la noche del día veintiséis, siguiente al de nuestra llegada nos dirigimos ocho hombres provistos de baldes, barras, hachas

de tabonuco y otros útiles al manantial pestífero, cuyas aguas no pudimos agotar, ni aún a pesar del ímprobo trabajo de tres horas, durante las cuales tuvimos que resistir la fetidez de aquel líquido, que el cielo nos deparaba como único en aquellas soledades. Con todo, desecado un tanto el manantial, a fuerza de una constancia inquebrantable, logramos limpiar el fondo y los costados del barril, cuya extracción no dispuse desde luego, para evitar un derrumbamiento que nos privase totalmente del agua. Después de esta operación que duró unas cuatro horas, y de haber echado en el pozo una cantidad de carbón, como reconocido desinfectante, vimos con satisfacción que la fetidez había disminuido notablemente haciéndose casi potable el líquido. Mandé inmediatamente hacer provisión de él para el siguiente día, en lo que anduve muy acertado, puesto que el contento general causado por el éxito obtenido Se trocó al amanecer del próximo día en desconsuelo y terrorífica sorpresa. El agua que manaba el pozo, volvía a presentarse pútrida e intolerable como la anterior.

Volvió la sed y con ella el desaliento de los expedicionarios. En tan duro trance y sin reparar en perjuicios, propuse al patrón de la Guadalupe un viaje extraordinario á Mayagüez en solicitud de agua y de algunos comestibles que supuse podían escasear en el curso de la expedición. Aceptada mi proposición por el Sr. Polanco, se hizo a la vela el día veintisiete a las diez de la mañana, no sin que yo antes invitara a los pusilánimes y descontentos a tomar pasaje para Puerto Rico; pero ninguno aceptó la invitación.

Así se pasaron dos días, que nuestra sed aumentada por una atmósfera sofocante, hizo interminables. El personal se resistía a beber el agua fétida y solo cuando la sed se hacía insoportable se atrevían a usarla tomando, sin embargo, la precaución de taparse las narices por cuanto su hedor provocaba la náusea.

Tuve la previsión de proveerme en Puerto Rico de un filtro portátil con cuyo auxilio pudieron las señoras beber el agua algo modificada, aunque nunca desprovista de fetidez.

Tres días después de haberse ausentado la goleta, amaneció el cielo cubierto de densos nubarrones, que pronto se trocaron en un recio, pero corto aguacero, que con gran satisfacción de todos llenó nuestras vasijas, sin que entre la confusión y la alegría se omitiera llenar el más diminuto envase, si bien algunos de los más sedientos procuraron llenar primero su estómago, aplicando la boca en forma de embudo a las partes más acanaladas de las yaguas de nuestro techo.

Al cuarto día visitó nuestro campamento un emisario de Mr. John G. Miller, digno canadiense inglés que habita la costa del Este de la Isla, invitándonos a nombre de dicho señor a pasar a sus rancheras, y disculpándose de no haber venido personalmente a las nuestras con motivo de sus numerosas atenciones. Enterados por el referido emisario de que allí había agua potable, nadie vaciló en aceptar la invitación, viendo que la goleta no volvía de Puerto Rico y que se acentuaba de una manera notable el malestar general, dije al visitante enviado del Sr. Muller le hiciera presente nuestro agradecimiento por su fina invitación, y que al siguiente día tendríamos el gusto de estrechar su mano y de beberle su agua.

Los diferentes incidentes hasta entonces ocurridos no impidieron que los aficionados a la caza y a la pesca se dedicaran a tales distracciones. Entre los cazadores había un joven llamado Lemuel, tan certero en sus tiros como infatigable en sus atrevidas excursiones.
A invitación de éste salieron mi hijo Ernesto y otros más en persecución del ganado cabrío al cual dieron alcance matando tres hermosos animales de la raza; pero llegaron a la ranchera tan extenuados por el cansancio y la fatiga, tan rotas sus ropas y tan sedientos, que comprendí que la persecución de los cabros no podía ser muy agradable, así es que, oída la relación que de su jornada me hicieron y aconsejado por ellos mismos, preferí dedicarme a la pesca que en aquellos lugares es abundantísima. Nuestra salida para esta diversión era generalmente a las cinco de la mañana, permaneciendo en el mar unas 6 o 7 horas, siendo muy raro el día en que, sin más auxilio que el anzuelo, no embarcásemos de una a dos quintales de pescado, que se salaba y empaquetaba cuidadosamente. Los peces que más abundan en aquel mar son el Mero, el Pargo mulato, el delicado Pargo-Sama, el Jurel negro, el Dorado, el Atún y otros. El célebre y gustoso Chillo no pudimos pescarlo, sino a inmensas profundidades y en muy poca cantidad, porque las impetuosas corrientes del canal dificulta mucho esta clase de pesca.

Distintas veces desde la embarcación nos recreábamos mirando retozar en los puntos más culminantes de las peñas y el pie de las cuevas, numerosos machos cabríos y cabras y cabritos de todos los tamaños que nos incitaban a darles caza; pero el consejo que me dieron los que ya las habían perseguido, me impedía decidirme a intentarlo; sin embargo, la casualidad hizo que una preciosa cabra acompañada de dos cabritos se pusiera casi al alcance de mis balas, y aproximando nuestra embarcación todo lo posible al inmenso muro granítico donde se hallaban, disparé sobre ellos consiguiendo matar uno de los cabritos, que vino despeñándose hasta el mar, donde fue en breve víctima de un

enorme cetáceo. El tiro disparado por mí produjo tal alarma en el ganado cabrío que se solazaba en las cuevas que, en el acto salieron de ellas despavoridos un centenar de aquellos animales de todos colores, tamaños y sexos sin que por la distancia pudiéramos hacerles fuego. Aquel espectáculo era más que suficiente para decidirme a su persecución olvidando el peligro.

Regresamos al campamento, donde convoqué a los mejores y más intrépidos cazadores de la partida y en número de seis, provistos de agua y acompañados de tres perros emprendimos a las tres de la tarde la peligrosa ascensión por aquellos muros colosales, ayudándonos mutuamente para evitar una caída, que indudablemente hubiera sido mortal en aquellos derriscaderos. La batida debía efectuarse en dos fracciones a fin de poder acorralar el ganado en la gruta donde se había refugiado por la mañana, y en la hipótesis de no hallarse en ella apostarnos en distintos sitios para vigilar las dos entradas que la cueva tenía, mientras otros custodiaban el interior de la misma.

Estuvimos andando unas cuatro horas, luchando con mil dificultades sobre aquel suelo calloso, defendiéndonos como podíamos de los árboles espinosos que allí tanto abundan y de las lianas, que formando verdaderos lazos aprisionaban nuestros cuerpos. Nuestros calzados destruidos por aquel piso infernal erizado de espinas, que con la mayor facilidad penetran el búfalo produciendo agudos dolores, ya no resistían nuestros pies recrecidos por la inflamación causada por aquellos punzantes dardos. La sed y el cansancio empezaron a apoderarse de nosotros, haciéndonos presentir la imposibilidad de llegar á la cueva y por lo tanto de pernoctar en ella, y mucho más, habiendo ocurrido la caída del peón conductor del agua, la que se perdió totalmente. Con todo, nos propusimos llegar y llegamos: recorrimos todos los ámbitos de la gruta, reconociendo en su suelo de guano las frescas huellas del ganado cabrío, anunciándonos el incesante ladrido de los perros que las cabras iban perseguidas por ellos; pero nos era imposible alcanzarlas en aquella oscuridad, y faltos de agua era una imprudencia pernoctar en aquel sitio, por lo que viendo que iba entrando la noche y con ella aumentaba el peligro de la descensión di la voz de retirada.

A nuestro regreso matamos una hermosa Iguana y cogimos otra viva que hice conducir con sumo cuidado al campamento, pero se obstinó en no comer y se murió a los cuatro días. Este reptil tiene la misma forma que el lagarto, de color bronceado, su lomo o espina dorsal sostiene en toda su extensión y prolongación del rabo una hilera de púas de más de dos pulgadas de largo, su tamaño es generalmente de un metro, su cabeza chata, su boca grande, defendida por una línea de dientes

punzantes y cortantes y debajo de sus potentes mandíbulas, ostenta dos bolsas laterales como dos paperas, en las que guarda los alimentos que no ha podido digerir.

La noche vino a aumentar las dificultades del regreso a la ranchera por aquellas erizadas peñas; la sed, nuestra inseparable enemiga, se hizo sentir de un modo intenso; pero logramos aplacarla un poco, gracias a la indicación que nos había hecho un pescador, asegurándonos que el ganado vacuno de la Isla llenaba tan imperiosa necesidad con el agua de lluvia atesorada por las grandes y unidas hojas de una planta llamada piña, la que nos fue fácil encontrar y nos dio en efecto cantidad de agua clara suficiente para refrescar nuestras secas fauces.

Ya de retomo a la Sardinera, pues este es el verdadero nombre del lugar en que estábamos acampados, nos íbamos a ocupar de los preparativos de viaje a Playa-Pájaro, donde reside el inglés Mr. Miller, pero la indisposición que sufrió uno de los cazadores, causada por la introducción de una espina en el ojo derecho, nos obligó, con sentimiento de todos, a aplazar la excursión para el siguiente día.

La visita a nuestro buen amigo Sr. Miller, es una de las partes más interesantes de la expedición por las distintas impresiones que experimentamos.

Ante todo se discutió la manera como debíamos efectuar el viaje, esto es, si por la vía marítima o por la terrestre y como se tomase en consideración que las señoras debían de formar parte de la caravana quedó definitivamente resuelto que, se efectuase por mar bajo la seguridad que se nos dio de que llegaríamos al término del viaje antes de cuatro horas. Sin embargo, mi hijo Ernesto y otro joven, Plácido Sala, deseosos de reconocer personalmente el trayecto terrestre, por si podía ser más conveniente para evitar el consiguiente mareo a las señoras salieron silenciosamente del campamento a las diez de la mañana convenientemente equipados para Playa-Pájaro. No puedo referir minuciosamente lo que sufrieron en su imprudente excursión, y digo imprudente, porque lanzarse por caminos desconocidos difíciles de recorrer, aún para los más prácticos, sin más guía que el propio instinto, primero bajo un sol abrasador y después con la oscuridad de la noche más intensa durante quince horas, sin otro descanso que el tiempo necesario para saludar al Sr. Miller, fue evidentemente una imprudencia imperdonable. El apreciable inglés y su colonia de operarios les prestaron solícitas atenciones, oponiéndose a que regresaran aquella misma noche poniéndoles de manifiesto los peligros de semejante empeño todo fue inútil, pues los dos jóvenes aguijoneados por el deseo

de llegar a tiempo para impedirnos el viaje a pie, caso de así resolverlo, y también para evitarnos la zozobra que con razón suponían debía causarnos su larga y misteriosa ausencia, se pusieron en marcha para nuestro campamento calzados con burdas sandalias de cuero dobles, que les facilitaron en Playa-Pájaro, pues sus botines se habían totalmente destruido a la ida al extremo de haberse visto obligados a caminar largo tiempo descalzos. También les habilitó aquel buen señor de suficiente cantidad de agua y de un litro de un buen cognac para el camino que recorrieron al principio llenos de valor y fortaleza, pero era ya tanta su fatiga y tan difícil la marcha sobre aquel suelo desigual y espinoso que, poco a poco y según lo exigía el grado de cansancio que sentían, se fueron desprendiendo de cuanto embargaba su cuerpo, sacrificando primero algunas piezas de su ropa, luego las municiones de caza, enseguida la botella de cognac y por último hasta la vasija del agua. Felizmente la juventud hace milagros y aunque rotos, heridos los pies y las manos, sordos por la sed y casi sin poder hablar, llegaron al campamento a las dos de la mañana, donde eran esperados con verdadera ansiedad por todos nosotros.

Amaneció el día 1° de Agosto y puesta a flote la pequeña embarcación que debía conducir, según convenio, diez pasajeros lo más, recibió en su seno a diez y seis con motivo de haberse imposibilitado en la batida última los hombres de mar, que debían llevar en otra embarcación a los seis que se nos agregaron, así es que, la yola recargada por tanto peso, se sumergía algo más de lo conveniente. Los demás excursionistas se quedaron al celo del campamento.

La mañana se presentó tan clara y serena que nos hizo temer un calor sofocante, sin embargo, fresca brisa del mar mitigó algún tanto los rigores del sol.

Tres horas habían transcurrido, cuando llegamos a un cabo de poca importancia llamado Punta-arenas, donde el mar está generalmente irritado, circunstancia que obligó a algunos a formar el propósito de aligerar la embarcación recalando a tierra y desembarcar para continuar viaje a pie; pero como aumentase el balanceo e insinuase un práctico que, el peligro no estaba allí, sino al doblar el cabo del Sur, al cual llegaríamos dentro de una hora, desistieron las señoras también de continuar su viaje por mar. En aquel entonces nos hallábamos próximos a la Playa del Ubero donde tienen una pobre ranchera tres pescadores de Careyes, quienes a nuestra llegada nos recibieron cariñosamente y nos ofrecieron agua fresca de lluvia, que en verdad les agradecimos. Pedimos informes sobre la distancia que nos separaba de Playa-Pájaro, tiempo que tardaríamos en recorrerla y sobre cuánto nos interesaba.

Correspondieron a todas nuestras preguntas, pero opinaron que siendo difícil y peligroso el trayecto para los hombres más prácticos, estimaban imposible pudiesen recorrerlo aquellas señoras. Oída por mí tan atendible opinión, traté de que desistiéramos todos del viaje; pero las señoras se mostraron tan opuestas a continuar por mar que, no hubo más que ceder. Muy pronto y como por encanto, cada uno de nosotros se vio provisto de un cayado que debía afianzar nuestras plantas en aquel incierto suelo, y puestos en marcha seguimos para las rancheras del canadiense.

Al principio tuvimos que desfilar uno a uno por no permitir otra cosa la estrecha senda que seguíamos. Mi esposa y su compañera venían detrás de mí sostenidas por sus cayados y por dos guías que cuidadosamente dirigían sus pisadas, en aquella escabrosa senda.

No es posible, ni siquiera lo intentaré, describir una caminata, de la que conservaré eterno recuerdo.

El ánimo esforzado de las mujeres me alentaba y mitigaba mis justos temores; su constancia en el andar, a pesar del filo cortante de las piedras que destrozaba sus pies; su firme y nunca quebrantado propósito de arribar al fin de la jornada, a pesar de la distancia y de los rayos abrasadores del sol, sin exhalar una queja, sin pedir descanso y rehusándolo cuando se les ofrecía, era verdaderamente más de lo que se podía pretender y esperar de dos señoras, una de ellas ya anciana, no acostumbrada a los menores ejercicios corporales.

Cinco horas de camino nos pusieron a 200 metros de distancia de Playa-Pájaro; pero antes de llegar a la cima del bajadero, se adelantó hacia nosotros uno de los compañeros, que ya había estado en conversación con algunos de la colonia y nos traía agua fresca, de la que usamos con prudencia y a la vez nos anunció que, por su parte creía imposible de todo punto que las mujeres pudieran descender el bajadero. Por fin llegamos a él y en efecto miré con espanto aquel inconcebible y sorprendente precipicio abierto a nuestros pies y por el cual se decía teníamos que bajar. Entonces ya no indiqué, sino que supliqué a mi esposa que desistiera de tan temeraria empresa, y que tras un descanso de un par de horas, volviéramos a nuestras rancheras, pernoctando si fuese necesario en el Ubero. Vana porfía. Ante el peligro inminente de la descensión, y las penalidades del regreso inmediato, me manifestó, que salvo el parecer de su compañera, cuya edad hacía necesaria la consulta, optaba por intentar la descensión, siempre que, auxiliadas por cuatro hombres vigorosos se las descolgase en tanto que otros las recibieran en los escasos peldaños de aquella monstruosa muralla.

Encontré el proyecto descabellado, sin embargo se llevó a cabo contra mi voluntad y sin que pueda explicarme cómo, se realizó sin accidente.

Mil veces cerré los ojos para no presenciar aquella operación que me parecía impracticable y temeraria, porque deslizarse por una pendiente casi vertical de 60 metros de altura, sin puntos o con insignificantes puntos de apoyo y un abismo abierto bajo los pies, cuya vista causaba vértigo, era burlar el peligro; era desafiar a la Providencia. En fin, amigo mío, echemos un velo sobre una escena que quiero olvidar y con eso entraré de lleno a hacerle una pequeña descripción de Playa-Pájaro, no sin antes indicarle que durante la excursión fueron víctimas de los disparos de mis compañeros, diferentes aves, entre las que puedo citar la tórtola tornasolada, la paloma de cabeza blanca, la Caribe y la bermeja de cayena, el zorzal, de color ceniciento y algo mayor que el de esta Antilla, la cotorra y el perico, siendo estos bastante más grandes que los que se introducen del Brasil y Venezuela y finalmente se dio muerte a otro pájaro de 45 centímetros de largo, que algunos compañeros calificaron de buitre, pero que no era otra cosa que un águila, cual otras que he tenido lugar de ver en algunos museos de historia natural europeos, bajo el nombre de "Esmerejón de Santo Domingo".

Playa-Pájaro es una ensenada defendida por una línea discontinua de arrecifes y, las pocas y estrechas bocas que dan paso al interior de la ensenada están sembradas de cayos que hacen sumamente difícil y peligrosa la entrada, aún de las embarcaciones más pequeñas, pues esos cayos que son ligeramente visibles en la baja mar, se ocultan totalmente en la pleamar, aunque no tanto que no sean un constante peligro para los profanos e incautos. El fondeadero de los buques que llegan allí a la carga del guano y piedra fosfática, se halla situado fuera de los arrecifes y como no tiene resguardo contra los vientos del Este, que son generalmente los allí reinantes, amén de los del Norte que también lo azotan, hacen peligrosa la estadía en el fondeadero, como evidentemente lo demuestran los restos de varios naufragios que se hallan a la vista.

En los momentos de nuestra llegada, estaba Mr. Miller en su cueva del Lirio con su maquinista y maestros herreros y carpinteros, instalando una potente máquina para el cernidero del guano, la que debía estrenarse el siguiente día.

Fue una comisión de los nuestros a saludarle, regresando antes de media hora manifestándonos de parte de aquel buen señor que, debíamos dispensarle aun por un momento y que nos suplicaba

tomáramos posesión de su casa y de cuanto pudiera sernos agradable mientras venía personalmente a saludarnos. Desde aquel instante empezó a notarse un movimiento general e inusitado en los empleados y sirvientes de Playa-Pájaro. Se nos ofrecieron dulces, refrescos y variados licores y como me llamara la atención una serie de disparos cercanos, pregunté la causa de ellos, y se me dijo que el canadiense había dado orden de matar una docena o más de aves de corral para los excursionistas.

Llegó por fin el señor Miller, quien nos saludó del modo más cortés y a la vez que le di mi nombre, le hice presentación de las damas y compañeros. Nuestro huésped es una persona de mediana estatura, rubio como todos los de su raza, de unos 46 años de edad, de color sano y de fuerte constitución, sin obesidad; viste modestamente, pero con rigurosa decencia; su trato es fino y de una amabilidad que encanta y atrae; habla el español poco correctamente, pero lo bastante para expresar sus sentimientos; no tiene pretensiones de hombre de talento, pero en el curso de su conversación demuestra tener conocimientos poco comunes.

Como no esperaba que nuestro viaje se efectuase, a pie, al través de aquellas peñas, nos demostró su asombro diciéndonos que, nunca había tenido el atrevimiento de bajar personalmente por aquel maldito bajadero, ni de lanzarse a recorrer un trayecto tan penoso.

Después de una hora de grata conversación, empleando para entendernos, en ausencia de su simpático intérprete Don Carlos Iglesias, los idiomas español, francés e inglés; nos hizo conocer sus rancheras, sus talleres de herrería y carpintería, las viviendas de sus principales empleados, su depósito de útiles de mar y herramientas de varias clases y la explanada espaciosa destinada a revolver y secar el guano, en cuya operación tenía en aquello, momentos empleados unos 20 jornaleros.

Todo está allí dispuesto en el mayor orden; todo se ejecuta con una precisión que sorprende y encanta.

La hora de la comida había llegado y volvimos a la casa morada del Sr. Miller, quien nos presentó a sus mayordomos y maquinistas.

La habitación del canadiense se reduce a una casa de planta baja cubierta de hierro galvanizado, con puertas y ventanas de cristal; mide aproximadamente 10 varas de frente por 6 de fondo, sin más que una división interior formando un reducido aposento, en el que custodia una

verdadera farmacia y un pequeño museo de curiosidades halladas en las cuevas de la Mona, entre las que vimos herramientas indias y algunos huesos humanos, cuya antigüedad no es fácil calcular.

Así pues, la casa del Sr. Miller no tiene más que un departamento habitable con los honores de sala, dormitorio y comedor, pero todo está allí colocado en tan buen orden que, no se echa de ver a primera vista la poca amplitud del lugar. Allí están su aseada cama con colchón de resortes y mosquitero colgante de seda, sus sillas y sillones, su pequeña mesa de comer cubierta de hule blanco, su abastecida despensa, su elegante y bien surtida librería, su correspondiente lavatorio, su pupitre escritorio, sus barómetros, pluviómetros, termómetros, sextantes, brújulas de marear, anteojos, gemelos, cuadros, relojes, mapas y tantos otros objetos que, sin aquel orden admirable, todo fuera confusión y caos.

Nos hizo los honores de la comida con una finura sin igual, y terminada aquella tuvo la amabilidad de llevarnos personalmente a visitar la gran cueva de guano explotada ya en su mayor parte. La entrada a ella tiene unos cuarenta pies de anchura y ciento de elevación; mide casi una milla subterránea cruzada en toda su extensión por un tranvía sangre, que facilita y abrevia la conducción del guano a la máquina cernidora y secaderos. Alumbrados por tres bombillas de potente y claro reflector, pudimos admirar la belleza imponente de aquel antro con sus oscuras bifurcaciones, que vienen á terminar a un centro común y no son sino otras tantas cuevas o grutas de guano sin explotar. Sus elevados techos, suelo y paredes, están adornados de preciosas estalactitas y estalagmitas, cuyas formas caprichosas y variados colores recrean la vista, al par que impone el colosal tamaño de algunas de ellas. Pudimos recolectar algunos ejemplares de aquellos maravillosos conos irregulares de sustancia mineral, formados por la infiltración y evaporación de las aguas.

Nuestras exclamaciones de admiración ante aquel imponente espectáculo de la naturaleza se sucedían; nos parecía estar asistiendo Verdaderamente a una escena fantasmagórica de acentuada belleza, atrayente y pasmosa. Le aseguro á Ud., amigo mío, que la humanidad se encuentra pequeña ante tanta grandeza.

Aunque supongo tiene Ud. perfecto conocimiento del guano que explota el Sr. Miller en la Mona, no huelga decir que, no es de creer según muchos piensan que sea este abono la acumulación de excrementos de las garzas reales y otras aves que desde tiempos muy remotos han venido frecuentando aquel lugar: no cabe la concepción de semejante

hecho en presencia de los lugares en que se verifica su extracción. No sé si el guano del Perú e islas inmediatas, reúne otras condiciones que hagan suponer con mayor fundamento que tal sea su procedencia; mas sea como fuese, tiene toda la apariencia de una tierra amarilla y granosa que a fuerza de pico, azadones y barrenos se extrae del suelo y paredes de las grutas, y como viene en bruto, esto es, mezclado y adherido a las piedras, se le hace sufrir una operación por medio de máquinas especiales, colocadas generalmente en las embocaduras de las cuevas por la que queda separada la piedra del guano y en disposición de ser acarreado a los glacis secaderos. No crea Ud. que la piedra disgregada sea un desperdicio, antes al contrario, como contiene gran cantidad de fosfato obtiene en los mercados norteamericanos y europeos mucha más estimación y precio que el mismo guano. Unas de las máquinas que vimos estrenar el día siguiente de nuestra llegada cierne y suministra 100 toneladas de guano por día sin perjuicio de la piedra fosfática, de modo que generalmente encuentra Ud. allí uno o más buques de bastante porte dispuestos a la carga, que se efectúa por medio de lanchones que tiene el empresario destinados al efecto.

Los operarios que el canadiense ocupa en sus trabajos alcanzan generalmente al número de cien, siendo la mayor parte dominicanos y puertorriqueños. A unos y otros les da muy buen trato y les paga lujosamente en su clase de jornaleros, les asigna el primer mes por ser aprendices $20, al segundo, que supone han aprendido algo, les da $25 y al tercer mes y sucesivos con premio a su constancia les paga la suma de $30.

Además se impone el deber de asistirles y curarles de sus enfermedades y volverlos a sus lares, cuando así lo exigen sus circunstancias de salud gravemente afectada, o lo pretenden en orden a su voluntad o deseo.

Llegada la noche abandonamos aquel oscuro recinto y nos dirigimos y reunimos de nuevo en la casa del inglés, quien mientras algunos de los nuestros trababan relaciones en la ranchera con los empleados, nos hizo una sucinta relación de su vida y de sus trabajos en la explotación de minas en el Canadá, dejándonos sumamente complacidos y altamente persuadidos de que Mr. John L. Miller es un perfecto caballero, de bastante ilustración y de fondo honrado.

Con el mayor agrado nos puso de manifiesto sus colecciones de estalactitas, fósiles, moluscos, crustáceos y otras curiosidades, ofreciéndonos de ella cuanto le parecía llamaba nuestra atención.

La amabilidad de aquel señor llegó al extremo de mandar fabricar una tienda de campaña a corta distancia de su habitación, donde pudimos perfectamente acomodamos: en cuanto a las señoras les cedió su propia habitación, que hubo que admitirle forzosamente, siendo grande mi sorpresa, al saber al otro día que el bondadoso señor Miller, privándose de su comodidad, había pasado la noche entre dos palos de ubero que hay junto a la orilla del mar en los cuales colgó una hamaca.

Al levantarme pregunté por él y se me dijo que estaba en la cueva del Lirio dirigiendo los trabajos de la nueva máquina que debía ponerse en movimiento dentro de breves instantes. Nos dirigimos allí, y en efecto, estaba el señor Miller en la embocadura de la cueva entre sus operarios y adelantándose hacia nosotros, nos suplicó le dispensáramos un momento pues tenía deseos de ver en marcha su gran aparato cernidor. No se hizo aguardar mucho, pues ante de una hora estaba entre nosotros enteramente satisfecho del éxito obtenido. Acto seguido nos hizo servir un ligero desayuno y algo más tarde el popular rabo de gallo.

Creí llegado el momento de anunciarle nuestra despedida; pero lleno de asombro me interrogó acerca del camino que pensaba seguir para regresar al campamento. Sorprendido por la pregunta le contesté, como era natural, que seguiría el mismo camino que habíamos traído. Entonces sonriéndose, del modo más amable me dijo: ¿Cómo me hace Ud. la ofensa de suponer que un caballero inglés puede permitir que sus huéspedes, y muy principalmente estas delicadas señoras, vuelvan a imponerse los sufrimientos de semejante caminata? Y como le mirase sorprendido me dijo: Vea Ud., vea Ud., señalando el muelle, todo está previsto: ahí está mi predilecto bote María esperando mis órdenes, que no serán otras que las de ustedes, para hacerse a la vela y tendré un gusto especial en dirigirlo como timonel acompañándoles a sus rancheras, si ustedes lo permiten.

Un hurra de alegría resonó en todos los ámbitos de Playa-Pájaro, lanzado por nosotros, pues con aquel espontáneo e inesperado ofrecimiento se borró de nuestra aterrada mente la idea de una peregrinación por aquellas escabrosidades y riscos detestables.

Entre el canadiense y el que habla se cruzaron algunos pequeños regalos, siendo de notar que tanto este buen señor como todos sus empleados querían demostrarnos su simpatía, ofreciéndonos cuantos objetos tenían, anticipándose a nuestros más insignificantes deseos.

Sonaron las diez de la mañana en el reloj de Playa-Pájaro y nuestro amable huésped dio la voz de embarque. Nos despedimos de los nuevos amigos que dejábamos en aquel lugar que tan placenteramente nos había albergado y entre los vivas de la multitud y de los numerosos operarios que desde lo alto de las cuevas agitaban sus sombreros y pañuelos salimos con dirección a nuestro campamento.

El bote María, de unos 40 pies de quilla, dirigido por la diestra mano del amigo Miller, auxiliado en la maniobra por tres tripulantes, iba impulsado por una fuerte brisa que nos puso al frente de nuestras rancheras en el breve término de hora y media; pero al doblar la Punta de arenas, de que antes hablé a Ud., todos dirigimos la vista de un modo simultáneo hacia el fondeadero con el fin de cerciorarnos de la llegada de nuestra goleta Guadalupe, conductora del agua que esperábamos de Mayagüez y vimos con satisfacción que en había tomado puerto. A medida que nos aproximábamos a ella, pudimos observar que nos saludaba con su telégrafo de banderas; pero cual fue nuestra sorpresa y cuanta nuestra ansiedad al ver que en el palo mayor flotaba una bandera negra. ¡Luto! Exclamamos todos a un tiempo; luego reinó un silencio sepulcral y nuestra vista no se quitaba de aquella señal fatídica. Nuestros corazones palpitaban con violencia pues esperábamos oír dentro de algunos minutos de los labios del patrón la triste nueva de alguna pérdida irreparable, ocurrida en el campamento durante nuestra ausencia o quizás en las familias dejadas en Puerto Rico.

Sabíamos que la fiebre amarilla había invadido gran parte de la costa Norte de esa Isla, y por consiguiente nuestros temores no carecían de fundamento. Supliqué al señor Miller, que pasase lo más próximo posible de la goleta, y entonces interrogado por mí uno de los marinos, acerca de la significación de aquella fúnebre señal, nos informó que el Capitán General de Puerto-Rico, Excmo. Sr. Marqués de la Vega Inclán, había fallecido víctima de la epidemia reinante. Nuestros corazones volvieron a palpitar de un modo normal, a pesar del sentimiento que nos causó tan inesperada noticia.

Nuestro desembarque se llevó a cabo felizmente, sin que en el campamento hubiese ocurrido novedad.

Deseosos todos, y muy particularmente las señoras, de demostrar al Sr. Miller nuestro agradecimiento, no quisieron éstas confiar el cuidado del almuerzo a los cocineros, sino que personalmente dispusieron y dirigieron el orden y confección de los platos, consultando empero el gusto de nuestro huésped, quien siempre con su natural amabilidad y finura, contestaba que, en aquellos sitios, donde todo escasea, cualquier

cosa que viniera de manos tan delicadas sería aceptado por él como el mejor de los manjares que pudiera ofrecérsele en los hoteles del Canadá.

Como nuestro amigo demostrara de antemano su deseo de no estar mucho tiempo ausente de sus trabajos, procuramos hacerle lo más agradable posible su corta permanencia entre nosotros y ante las diferentes protestas de amistad y gratitud que se cruzaron entre todos, se alejó en su elegante y veloz bote María, saludándonos hasta perderle de vista. Al siguiente día supe que había llegado felizmente a su ranchera en seis horas.

Desde aquel momento entramos en la vida normal que voluntariamente nos habíamos impuesto. Nuestro primer cuidado fue desembarcar una pipa de agua de las cuatro pedidas á Mayagüez así como el repuesto de provisiones de boca, cuya lista me entregó el patrón anunciándome que por un descuido involuntario había omitido comprar azúcar, olvido que me obligó a racionar este artículo.

Los días restantes hasta el 9 los empleamos en la caza y la pesca sin descanso, pues aunque el calor fue siempre sofocante ya podíamos mirarlo con más indiferencia, puesto que poseíamos un caudal de agua con que mitigar la fatiga, sin embargo, no pudo evitarse algún caso de insolación. En la mañana del día tres, como de costumbre, salimos a la pesca, que por cierto fue abundante como siempre. De pronto oímos el continuado sonido de un cuerno de caza, hecho de uno de los grandes moluscos que pueblan aquellas playas; pero como aquella no era una señal conocida ni convenida en el campamento, no nos preocupó notablemente aquel toque. La distancia a que nos hallábamos de tierra, no nos permitía ver las señas que con una bandera nos hacían, y solo cuando vimos que se nos aproximaba una pequeña embarcación, comprendimos que venía en nuestra busca y que por consiguiente ocurría novedad en el campamento. Inmediatamente mandé levar y puestos a la voz con los tripulantes de la embarcación me enteré de que, uno de los mejores hombres de la expedición por sus conocimientos marítimos y por su fuerza corporal, se había congestionado por efecto de una insolación. Al llegar a la ranchera ya el individuo había sido cuidadosamente socorrido por las señoras y compañeros, pero su estado ofrecía bastante gravedad.

Se les prestaron los auxilios que indicaban las palabras "Congestión cerebral" en el diccionario médico pero mi botiquín de campaña carecía de sanguijuelas y de mostaza. Esta la suplimos interinamente con tabonuco en la aplicación de vejigatorios y escribí inmediatamente a

Playa-Pájaro, por si el Sr Miller se dignaba favorecemos con algunos medicamentos que se hacían indispensables, y a la vez le pedía algunos comestibles tales como azúcar y manteca de que íbamos careciendo. Incontinente me contestó remitiéndome lo que deseaba, aunque en cortas cantidades, por hallarse también en Playa-Pájaro algo escasas las provisiones. La enfermedad de nuestro compañero no tuvo consecuencias pues a las veinticuatro horas se hallaba ágil Y dispuesto para todo.

Como aún no habíamos logrado matar reses vacunas, resolvióse una batida al interior de la Isla donde residen habitualmente, la que se llevó a cabo en las mejores condiciones recorriendo una distancia de más de cinco leguas. Vimos por fin aquellos hermosos animales, los que extrañando nuestra presencia, huyeron despavoridos sin que lográsemos darles alcance porque nuestra marcha se dificultaba sobre aquel piso desigual, duro y cortante.

Ya nos disponíamos a retirarnos, cuando un extraño ruido se hizo sentir cerca de nosotros y en breve nos vimos en presencia de un precioso toro indio y de una vaca de igual color que estáticos y sorprendidos nos contemplaban a veinte pasos de distancia: ¡fuego! exclamé, y al encarar nuestras escopetas, oímos el grito de uno de nuestros peones que acobardado subía a un árbol inmediato a las dos reses, las cuales despertando de su embeleso, emprendieron tan rápida fuga que los breñales nos impidieron disparar sobre ellas.

Abrumados por el cansancio regresamos a la Sardinera, no sin haber matado en el tránsito diferentes aves que nos dieron fresco y nutritivo alimento.

El día diez fue el señalado para nuestro retomo a Puerto Rico y no faltando ya más que cuatro días, manifesté a los expedicionarios que, hasta el día ocho podían entregarse a sus diversiones favoritas, puesto que los días restantes debíamos emplearlos en levantar el campamento.

Mientras otros se dedicaron a la caza de los cabros, yo me dirigí a la pesca que como de costumbre fue espléndida, pues no bajó de dos quintales y medio el pescado conducido al campamento. Ese mismo día los cazadores hicieron algunos disparos a las reses vacunas y cogieron en la cueva una hermosa cabra preñada, que traída al campamento procuramos domesticar, pero murió el día del embarque.

Aunque nada he dicho a usted de los baños de mar tan útiles a la salud en aquel suelo sofocante, ya supongo comprenderá usted que no los

economizamos a pesar del peligro que ofrece la circunstancia de frecuentar aquellos lugares los tiburones y picúas casi a todas horas del día, al extremo de llegar a un pie de agua junto a la orilla lo que les valió algunos disparos, infructuosos la mayor parte.

Una deliciosa tarde invitada mi hija Sofía por una señora ya anciana para ir al baño, salieron con dirección al que se les tenía destinado como más resguardado y cómodo. En momentos de ir á entrar mi hija en el agua divisé desde la orilla de la playa donde me hallaba un enorme tiburón que a flor de agua y con gran velocidad se dirigía hacia la pequeña ensenada que formaba el baño indicado. Figúrese usted cual sería mi ansiedad para advertir a mi hija el peligro que corría, y como la distancia no me permitía ser oído de ella, desencajado eché a correr dando voces descompasadas, pero nunca oídas, cuando vi el ademán que hacía mi Sofía de tirarse al agua. Felizmente el tiburón ya dentro de la poza del baño, se vio obligado por la escasez del agua a sacar fuera de ella su descomunal y negra aleta, la que vista por la niña emprendió la fuga hacia mí sin decir una palabra a la señora que con ella estaba. Esta, aunque no se explicaba la causa de aquella precipitada carrera, como el miedo es comunicativo, sin más acá ni más allá echó a correr con una velocidad tal, que me quedé estático al contemplar la agilidad de aquellas sesenta navidades volando más que corriendo hacia mí.

Como el cetáceo no pensaba, al parecer abandonar aquel lugar de recreo, me dio tiempo sobrado para ir en busca de mi escopeta en la que introduje prontamente un cartucho, colocando en este un clavo aprisionado con cera virgen el que logré introducir en el cuerpo del animal en parte tan interesante que, dando un coletazo espantoso, se alejó rápidamente de aquel sitio dejando una larga huella de sangre. De pronto supusimos que estaba simplemente herido, pero al siguiente día al salir de pesca se veía una masa negra de unos doce pies de longitud sobre uno de los cayos que circundan la Sardinera, y en la que pronto reconocimos ser el tiburón que tan buen susto me diera el día antes.

Resuelta definitivamente nuestra salida para Puerto Rico el día diez, nos ocupamos desde el día ocho en hacer los preparativos de marcha, tarea bastante ardua y entretenida, y como después de dejar mis instrucciones, me permitiese aún salir a la pesca por breves horas, vi venir con dirección a la Sardinera un bote a toda vela, al parecer de Playa-Pájaro. Como no tenía antecedentes, supuse que el canadiense nos enviaba algún emisario para saber del estado del enfermo, pues se nos dijo que en sus rancheras había circulado el rumor de que en las nuestras reinaba el cólera. Atraqué a la orilla y el patrón del bote puso en mis manos la siguiente carta:

Playa- Pájaro, Mona 8/8 de 1884.

Sr. Don Juan Brusi.

Sardinera.

Muy Sr. mío: Nos encontramos aquí en tiempo de mucha necesidad. El bote María, en el que fue Mr. Miller a Mayagüez, ha tardado mucho en volver y estamos totalmente sin provisiones para mañana.

La gran falta sin embargo, es la del agua, pues hace tres semanas que no llueve y la gente es mucha. En tal conflicto si usted nos pudiera favorecer con media pipa de aquel líquido, se lo agradeceríamos sobremanera. Yo no se la pediría, pero me han dicho que ustedes se van mañana con rumbo a Puerto Rico, y quizás les sobre lo que nosotros nos hace tanta falta.

Hubiera tenido mucho gusto en remitirle las cabras de Ud. y del Sr. Sánchez, pero hemos tenido que matarlas para comer.

Muchas expresiones a su señora y a los que acompañan a usted, quedando su S. S. –CARLOS IGLESIAS.

P. D. He sabido con satisfacción que el enfermo está mejor.

Antes no he dicho, pero lo consigno ahora, que la única agua con que cuenta el inglés, es la de lluvia, de modo que siendo considerable el consumo de ella, la escasez debe dejarse sentir ante una pertinaz sequía, sin embargo de haberme asegurado Mr. Miller que durante cuatro años jamás le había faltado.

Tampoco he manifestado a usted que el día siete tuvimos conocimiento de que en Playa-Pájaro se habían sublevado los operarios por falta de agua y provisiones, y así lo confirmaron cuatro de ellos que a las once de la noche llegaron a mi ranchera suplicándome les condujera a Puerto Rico puesto que hacía dos días que en el campamento del inglés no se comía ni se bebía, lo que había dado lugar a que se sublevaran y se tirasen al mar los útiles de cocina, y vasijas de agua, sin que la energía del Sr. Iglesias, pudiera, revolver en mano, restablecer el orden. ¡Cien personas sedientas son capaces de todo!

Ya Ud. comprenderá que a pesar de mi buen deseo, tuve que negarles el favor que me pedían, tanto porque entorpecían el rol de nuestra goleta, cuanto porque desconociendo los desmanes que se habían cometido en

Playa-Pájaro, podía acarrearme serias consecuencias su desembarque en Puerto Rico por lo que me limité a exigirles una autorización del Sr. Iglesias, la que no pudieron probablemente conseguir, puesto que no volvieron.

Por el contenido de la carta copiada verá Ud. que su principal apuro era el agua; pero esta escaseaba ya en nuestro campamento, y no quedando más de tres cuartos de pipa que como medida de precaución había hecho reservar a bordo para las necesidades del viaje, hubiera sido una imprudencia complacer al Sr. Iglesias. Por otra parte era una inhumanidad y hasta una falta de gratitud no aliviar en lo posible una necesidad tan imperiosa, así pues, aunque el agua en aquellos sitios es como oro en polvo, escribí al Sr. Iglesias diciéndole que, imponiéndonos un gran sacrificio y anticipando un día de nuestro viaje, le remitía 50 cuartillos de aquel líquido. El sacrificio en realidad era asombroso, ignorando como ignoraba el tiempo que podíamos invertir en la travesía. –300 cuartillos de agua, dado el número de personas que iríamos a bordo y la que se invertía en la confección de comidas podían durar escasamente tres días; tuve pues que suprimir desde luego el café totalmente, aunque ya hacía cuatro días que solo se tomaba uno diariamente por falta de azúcar. En cuanto a este artículo pude proporcionarme una pequeña cantidad cambiando con uno de los pescadores de careyes 5 libras de azúcar por 10 de harina de maíz. La manteca y condimentos se habían agotado totalmente hacía dos días, haciéndose la comida con aceite y sal, y aunque esta última abundaba, no nos quedaban para el viaje más que dos cuartillos de aceite francés.

En estas condiciones y después de despedirnos y gratificar a aquellos buenos pescadores con dinero y con la propiedad de nuestras dos espaciosas viviendas, que para ellos era de gran importancia, dejamos las playas de la Isla de la Mona.

IV.
Regreso

Tomamos posesión de nuestra Goleta y a las dos de la tarde del día 9 de Agosto, se izaron las velas haciendo rumbo al Sur, pues el patrón pretendía doblar el cabo de este nombre con el fin de aprovecha a falta de viento, las corrientes y aunque estas nos favorecieron durante dos horas, variaron al cabo de este tiempo impeliéndonos hacia el mismo punto de donde procedíamos.

Viendo pues lo imposible que era remontar, acordóse hacer rumbo al Norte con dirección a la Isla del Monito, para luego doblar con rumbo franco al Este hacia la bahía de Mayagüez, pero nosotros contábamos sin la huéspeda; el viento cesó totalmente y las velas no daban impulso alguno al Guaira, que corría arrebatado por una impetuosa corriente de Sur a Norte cuarto al Oeste, sin que nos fuese posible fijar nuestra proa a la tierra de Puerto Rico, por consiguiente estando a merced del viento y de las corrientes, lo mismo podía durar nuestro viaje un día que diez. Llegó la noche, cuya oscuridad hacía doblemente penosa nuestra situación a bordo. Arrastrados de un modo insensible, pero impetuoso hacia el Noroeste cuando llegó la mañana del día diez no veíamos tierra en ninguno de los cuatro puntos cardinales. Se pasó el día sin que la más leve brisa hinchara nuestras velas y por el contrario, seguimos siendo el objeto de aquella fatal corriente, que nos apartaba más y más de nuestra ansiada Borinquén, lanzándonos sobre la costa Norte de Santo Domingo Y Lucayas del Sur; pero como ni el patrón ni ninguno de los marinos supiesen ni podían determinar el verdadero sitio en que nos hallábamos, recibí el consejo de aquel, de establecer una guardia en el depósito de agua poniendo a ración a todos en general, como lo hice en el acto.

Para evitar un tanto el pertinaz impulso de la corriente se habilitaron cuatro remos con ocho remeros que debían levarse cada dos horas, pero quiso el cielo que antes del primer relevo, esto es a las siete de la noche, se iniciase un viento del Oeste que nos llevó en popa con una velocidad vertiginosa, algo moderada empero por la corriente que entonces llevábamos atravesada, aumentando el oleaje
y desde luego el general malestar. Aquel viento favorable no nos abandonó en toda la noche, pero ¿dónde estábamos? ¿Sería el que seguíamos el verdadero rumbo? ¿A qué distancia nos hallábamos de Puerto Rico o bien de la tierra? Nadie podía decirlo. ¿Nos faltaría el agua como ya nos faltaban otros artículos de primera necesidad? Estábamos perdidos a no dudarlo. Todas estas preguntas me hacía a mí mismo en

la soledad de aquella noche triste, sin que mis párpados se cerraran un solo instante.

A eso de media noche me acerqué al patrón para enterarme, de si en su creencia veía posible que al llegar el alba se divisara Puerto Rico, y si el rumbo que llevaba era el que debía conducirnos a esta antilla. El patrón no tenía seguridad de nuestra situación, puesto que me dijo que, dada la impetuosidad de las corrientes que nos habían arrastrado hacia el Noroeste, debíamos estar muy lejos de Puerto Rico; que era indispensable aprovechar el rumbo que el mismo viento nos indicaba y que en el supuesto de no vislumbrar tierra por la mañana la buscaríamos al Sur aun cuando fuese barloventeando.

Desconsoladora era la respuesta, que confirmaron algunos marinos. Desde entonces empezó a preocuparme seriamente la escasez de agua, pues ignorábamos las calmas que aún podrían sobrevenir; por otra parte el mareo de las señoras y de algunos pasajeros, los tenía verdaderamente aturdidos. La alimentación ya no estaba apropiada para el estado de los enfermos, ni el hábito y costumbres de los demás, puesto que todo se arreglaba con agua y sal, sin condimento de ninguna especie. La imprudencia de algunos inexpertos y el derroche que tantas veces les reprendí en el campamento nos había colocado en aquella aflictiva situación. La abundancia de alimentos y golosinas, que mi previsión había acumulado, hizo que algunos intemperantes creyeran en la imposibilidad de que se concluyeran, y de que en mis ausencias se establecieran un desorden y un despilfarro, verdaderamente censurable y de consecuencias fatales aún para los ordenados, previsores y cuidadosos. Afortunadamente antes de salir de Puerto Rico arreglé una caja de pequeñas dimensiones rotulada "RESERVADO" porque no debía abrirse sino en último extremo. En ella venían diferentes potes de conservas alimenticias, cuya manteca hice que se empleara en el único plato que de arroz o granos se hacía a bordo y el cual a falta de pan, plátanos o batatas se acompañaba con bollos de harina de maíz amasada con agua y sal. Como hacía ya dos días que todo se comía sancochado, fue un verdadero festín el estreno de mi caja reservada. Además unos potes de carne extractada por Liebig, me permitieron sostener con su caldo confortante el débil estado de los enfermos. Puede pues, asegurarse que, la cuestión de estómago estaba por de pronto afianzada siempre que el agua no llegase a faltar, y esto dependía de la mayor o menor tardanza en llegar a Puerto Rico.

Al apuntar el alba el día 11, oí una voz que desde proa gritaba ¡tierra! ¡tierra! Impulsados por un mismo sentimiento de regocijo dirigimos nuestras miradas hacia el horizonte y efectivamente como a seis leguas

de distancia se divisaba una ligera faja azulada, que no cabía duda era la tierra. En los corrillos se forman distintos comentarios; quien decía que eran los morrillos de Cabo Rojo, quien afirmaba que se distinguía perfectamente la punta de Borinquén con su constante guardián el Desecheo, otros opinaban que teniendo en cuenta la velocidad con que habíamos andado durante la noche, debíamos hallarnos sobre la costa Norte de Puerto Rico en las inmediaciones de Isabela. Uno solo de los inteligentes, que hasta entonces había guardado profundo silencio, exclamó: basta de ilusiones, señores, la tierra que tenernos a la vista es ni más ni menos que la costa Norte de la Mona. En efecto pronto pudimos convencernos de ello y reconocer los cabos Norte y Noroeste de la Isla; quiero decir que después de tanto andar, después de tanta penalidad y zozobra volvíamos al punto de partida pero en peores condiciones. Para colmo de penas empezó a escasear el viento y gracias a una suave corriente del Oeste marchaba nuestra embarcación tan pausadamente que apenas se advertía.

El desaliento, el mareo y el malestar general se acentuaba notablemente; el balanceo que de ordinario producen las calmas en el mar, agravaba el estado de los enfermos, el sol nos castigaba rudamente en cubierta, los materiales de vida se reducían visiblemente y sin embargo los vientos se proponían abrumarnos y desesperarnos.

Vino la noche y volvió el día, y las costas de la Mona estaban tan a la vista y tan cerca las del Este, que podían divisarse las rancheras del Canadiense pero en aquellos momentos infló el velamen de la Guadalupe un viento fresco del Oeste, que hizo reaparecer la alegría en nuestros semblantes augurando que pisaríamos en aquel día el anhelado suelo borincano. La Isla de la Mona desaparecía ya de nuestra vista y en su lugar divisábamos el peñón del Desecheo y las puntas de Cabo-Rojo y Rincón, entre las cuales está situada la bahía de Mayagüez. ¡Vano regocijo!, volvió la calma y una voz a bordo dice: ¡No hay agua! Fatídicas palabras que durante mis vigilias me había repetido mil veces. La gente se alarmó y era preciso tomar una resolución por violenta que fuese, pues las corrientes tendían a alejarnos nuevamente de la costa. Propuse al patrón echar el bote al agua y trasbordar a las mujeres y niños mareados a fin de que, a pesar de la inmensa distancia, fueran conducidos a Mayagüez por seis remeros con solo tres remos, quedándonos los demás abordo a la voluntad de Dios, dispuestos a bogar hasta que llegase un viento favorable. Con esta medida, que aceptó el Sr. Polanco, se aliviaba, cuando menos, la penosa situación de unas 18 personas. Bajé a la bodega, y aunque me fuese doloroso manifestar el duro trance en que nos hallábamos, pinté con todo el colorido necesario la situación a mi esposa y demás enfermos,

aceptando todos el proyecto con alegría; pero al saber mi esposa que yo me quedaba a bordo corriendo las eventualidades del mar, sin recursos de vida, se resistió totalmente a transbordarse, resuelta a correr mi suerte. En vano traté de convencerla empleando los medios más persuasivos; le hice presente que, dado mi carácter a bordo, sería una cobardía imperdonable y una acción vituperable y deshonrosa abandonar a los que aún debían seguir en el buque, sacrificándose, si se quiere, para ponerlas a ellas en salvo; en vano les ofrecí que los acompañaría personalmente el Sr. Polanco y los mejores marinos; todo fue inútil. Subí desesperado á cubierta, donde ya se estaban haciendo los preparativos de trasbordo, y manifesté en alta voz que, podían los que quisieran poner en práctica el plan concebido, pues que ni esposa y familia quería correr mi suerte en la Guadalupe. Justo es decir, que ni uno quiso abandonar el puesto, y resignados echamos a bogar unos y otros, sin más objeto que contrarrestar la corriente, que según he dicho tenía tendencias a separarnos de Puerto Rico.

Eran ya las doce del día y contra toda costumbre, el viento no quería entrar. Hubiéramos probablemente experimentado los tormentos de la sed, si uno de los expedicionarios por egoísmo propio no hubiera ocultado una vasija de 25 cuartillos de agua, con la que aplacamos la sed que ya sentíamos. Por fin el cielo, condolido de nosotros, nos envió una fresca brisa, que puso en tan buen movimiento nuestra quilla que, como por encanto, a las 5 de la tarde nos fondeamos en la bahía de Mayagüez.

Se llenaron los requisitos oficiales y desembarcamos con felicidad, siendo Ud. la primera persona amiga a quien reconocí entre el grupo de gente que estaba en el muelle.

El Sr. Polanco nos recibió en su casa tratándonos divinamente. Hospedó a las señoras, y nosotros llevamos a bordo provisiones frescas y agua deliciosa para nuestros compañeros que no habían desembarcado.

Enterado de que el vapor "Cristóbal Colón", tenía señalada su Salida para el día 13 con dirección a Aguadilla, tomé pasaje para mi familia y algunos otros mareados, quienes llegaron el día 14 al pueblo de Camuy.

Nosotros, entretanto, nos embarcamos el mismo día 13 y provista convenientemente nuestra despensa salimos de Mayagüez a las 4 de la tarde con dirección a nuestro pueblo; pero las calmas vinieron de nuevo a abrumarnos y solo el día 16 a las cinco de la tarde, pudimos botar al agua la pequeña embarcación a una legua de distancia del puerto y sin

esta precaución no hubiéramos llegado hasta el 17 a las 11 de la mañana, hora en que la Goleta fondeó, después de haber empleado 9 días en recorrer el corto trayecto de la Mona a Puerto Rico.

Como el cielo me tenía reservada una nueva prueba, en la tarde del día 15 hallándonos barloventeando frente al puerto de Isabela, se presentó el horizonte con bastante mal cariz, haciéndome presentir una noche chubascosa por lo que propuse al encargado de la Guadalupe fondeamos en el puerto hasta el siguiente día y aunque reconocieron mi prudencia, la desestimaron.

No tardó el chubasco en presentarse con un viento tormentoso y tras éste, otro y otro y otro mayor, los que tuvimos que correr a palo seco, no sin algunas averías en la maniobra del buque, hasta las cinco de la mañana en que cesaron los chubascos y la electricidad, que nos hicieron pasar una noche espantosa.

Conclusión

Desde una legua distante aún del puerto de Camuy vimos venir hacia nosotros tres embarcaciones, que conducían varios amigos de la localidad, interesados en saludarnos y festejarnos.

En mi bote de quilla Mona que adquirí en Mayagüez y había despachado anticipadamente para Camuy, en calidad de aviso, venía una banda de música dirigida por el profesor Don Gervasio Lozano, la que lanzaba sus acordes entre los vivas de nuestros convecinos y amigos. Desgraciadamente tuvieron que suspenderse aquellos por el mareo que invadió al arte musical.

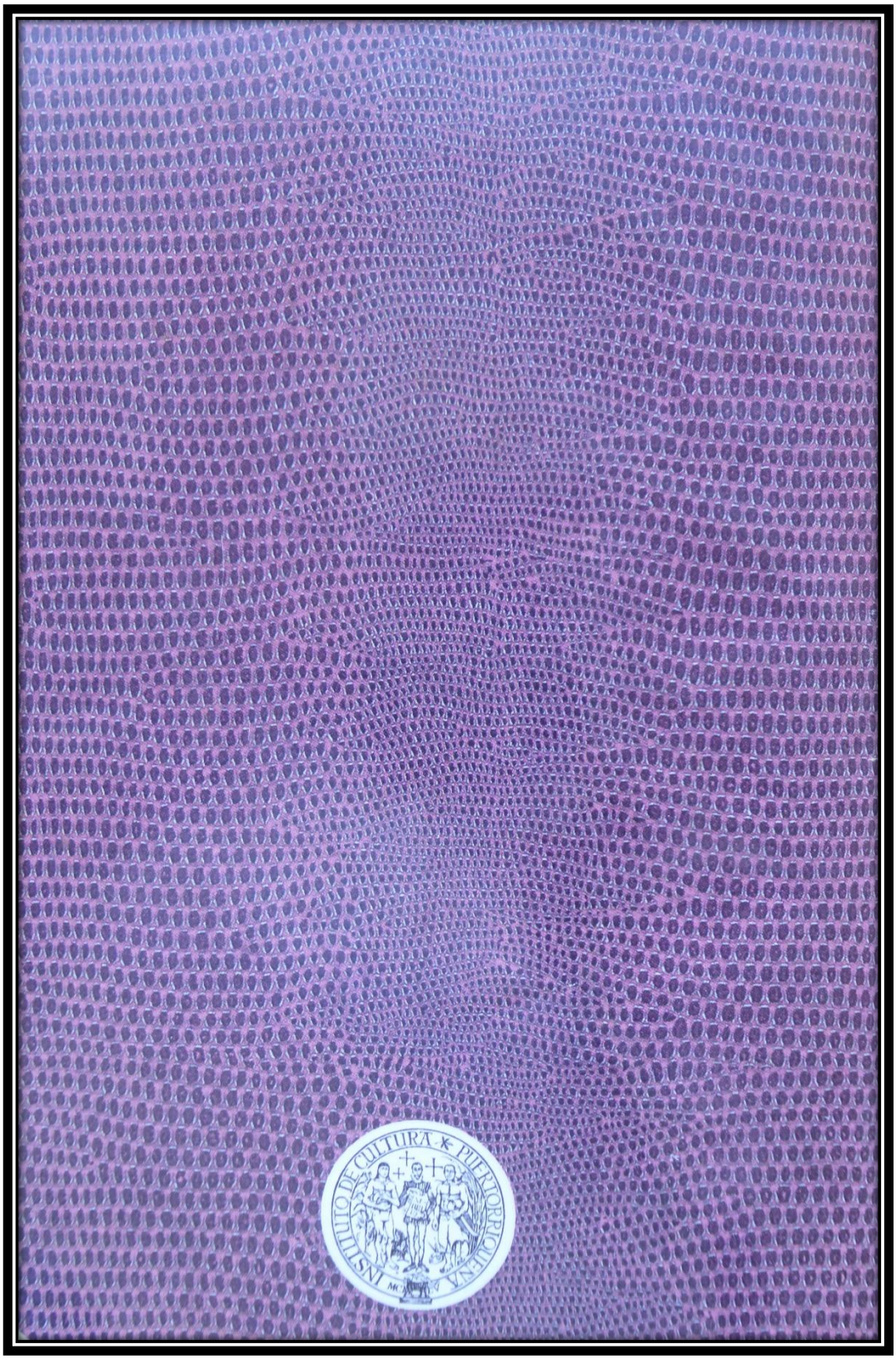
Las tres embarcaciones y otra en la que nos embarcamos los expedicionarios, se disputaban la llegada, cuyo premio eran los estrechones de mano, los abrazos y las caricias de las familias y amigos que en número de 200 nos esperaban en los peñones y en la playa Camuyana.

Las vivas se sucedían, y tras estos las preguntas dictadas por la curiosidad. Se nos miraba como animales raros y en procesión se nos guio al pueblo en donde se nos recibió con el mayor júbilo.

Así terminó nuestro viaje a la Mona que he escrito como digo en la portada, *para intelígencia de todos y escarmientos de muchos.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 1997, en los talleres de artes gráficas de RAMALLO BROS. PRINTING INC.,

Calle Duarte Núm 227, Floral Park,
Hato Rey, Puerto Rico 00917


INSTITUTO DE CULTURA PUERTORRIQUEÑA